

De la Institución Libre de Enseñanza a la Residencia de Estudiantes⁽¹⁾

JOSÉ GARCÍA-VELASCO

Quiero comenzar mi intervención agradeciendo a los dos albaceas de Vicente Cacho Viu (Vicente Ferrer y Octavio Ruiz-Manjón) su entusiasta trabajo, espléndidamente apoyado por la Fundación Albéniz y su presidenta Paloma O'Shea. Las instituciones que nos hemos sumado a este homenaje tenemos que agradecer su iniciativa, que ha llevado a buen puerto Salvador Pons, ya que sin duda representamos algunas de las "múltiples moradas" intelectuales de Vicente. Todos ellos (Vicente, Octavio, Paloma, Salvador) forman parte del universo más íntimo y querido de Vicente, y yo he tenido la suerte de compartir con ellos, en un plano más secundario desde luego, muchas cosas a lo largo de estos últimos años.

La primera vez que vi y hablé con Vicente Cacho fue en su despacho del sótano del Ateneo de Madrid, donde él gustaba decir que Azaña se reunía con el gobierno provisional (y clandestino) de la República. Hace ahora treinta y tres años. Estábamos comenzando segundo de "comunes", y yo

¹ Una primera versión de este trabajo fue publicada en el núm. 47 del Boletín de la Institución Libre de Enseñanza (octubre de 2002, págs. 147-152).



Antigua Facultad de Filosofía y Letras, en la Ciudad Universitaria de Madrid.

tuve la suerte de formar parte del grupo –inolvidable, extraordinario– de estudiantes "concienciados", que buscábamos una universidad diferente, europea: Luis García Guijarro, Marisa López, Cristóbal Gómez Benito, Manolo Esbert, Asís Blas, Julián Soriano o Carlos Gómez. Todos hemos seguido siendo amigos, y también de los entonces profesores adjunto y ayudante de Vicente, Javier Tusell y Genoveva García Queipo de Llano.

Nos llegó la información de que el profesor de historia, «aunque del Opus, estaba bastante bien», y conseguimos una entrevista con él en el Ateneo. Creo que el promotor de la cita fue Luis García Guijarro. En seguida nos cautivó su conversación apasionada, refinada, chispeante. Vicente no se asustaba con ningún comentario, le divertía mucho hablar con nosotros y ayudarnos a adquirir nuevas perspectivas. Por ejemplo, a descubrir el encanto de aquel modesto despacho donde trabajaba. Era admirable cómo se transformaban los lugares y las cosas gracias a su manera de iluminarlos. ¡Cuántas veces, a lo largo de los años, he sido testigo y partícipe de ese mismo prodigio! Llegar a un sitio que te parecía anodino, e incluso tétrico, él empezaba a explicártelo, y veías cosas que ni habías sospechado: un mueble desvencijado era un estupendo prototipo racionalista, un cubil sin una sola ventana aparecía lleno de magia y de encanto, poblado de fantasmas, o conseguías apreciar cualquier detalle, cualquier matiz en el paisaje en el que nunca antes habías reparado.

En las anteriores mesas redondas he disfrutado escuchando algunos retratos de Vicente tan independientes como el de Luis Miguel Enciso, o tan cálidos como el de Octavio Ruiz-Manjón. Mis relaciones con Vicente Cacho fueron igualmente ricas, pero más difíciles que las de ellos. Tanto que le debo mi relativo afincamiento en la historia, aunque mi propósito inicial fuera dedicarme a la filosofía. Pese a mi excelente relación con Luis Cencillo, nuestro profesor de esta asignatura aquellos dos primeros años de carrera, mi amigo desde entonces, la sugestiva propuesta de Vicente –aunar historia y pensamiento, dotando de rigor intelectual a la tarea histórica y de rigor científico e historiográfico a la reflexión– fue la que me descubrió esta afición de historiador.

Sin embargo, Vicente llevó mal mi "poligamia" profesional, en un primer momento inevitable, ya que resultó imposible quedarme en la Facultad. Después, cuando pude dedicarme a la investigación más intensamente, la posibilidad de acometer el proyecto que finalmente hemos llevado a cabo en la Residencia de Estudiantes y en la Institución Libre de Enseñanza me fue sustrayendo cada vez más tiempo y energías.

Creo que, aunque Vicente llegó a apreciar mucho la recuperación de la Residencia, nunca se resignó a que no hubiera mostrado la misma abnegación con que acometí esta tarea por los afanes académicos, de los que me he ido desligando progresivamente. Sin embargo, no abandoné mi labor investigadora y, pese a todo, he ido aumentando la dedicación.

Espero algún día poder rendir homenaje a su memoria, presentando el fruto de estos largos años del que he ido adelantando algunas entregas –si se me permite decirlo, y salvadas las enormes distancias–, a la manera de Cacho.

Me refiero a estos desencuentros con Vicente, porque los considero esenciales para entender su vigoroso perfil intelectual. Me remonto a 1986, cuando Alicia Gómez-Navarro y yo –con la ayuda entusiasta de un grupo de amigos y el apoyo del entonces presidente del CSIC, el profesor Trillas, y del ministro Maravall y su equipo– pusimos en marcha nuestro proyecto de recuperación de la Residencia de Estudiantes. Ahora me parece que en aquel momento Vicente no creyó posible que pudiéramos hacerlo, y aunque no me advirtió nada directamente (excepto la continua reconvención por perder el tiempo en afanes culturales, restando tiempo al estudio y a la genuina dedicación intelectual), sí lo dejó traslucir por escrito. En el prólogo del primer libro que editamos en la Residencia, todavía sin nuestro pie de imprenta (una breve historia de esta casa por Margarita Saenz de la Calzada), Vicente concluye:

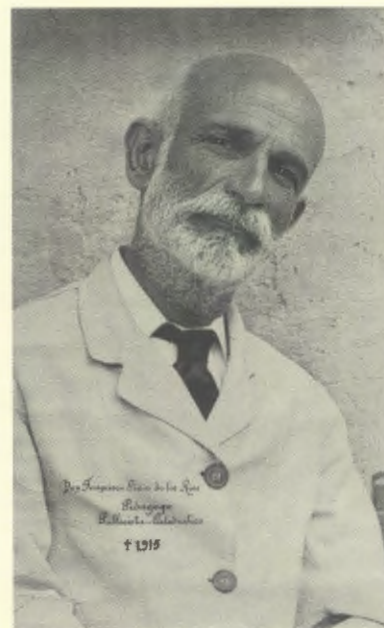
«[...] es inútil cubrir de lápidas los venerables muros o completar anacrónicamente arcos interrumpidos o desplomados [de la Residencia de Estudiantes].

Más vale, como lo hace este libro, avivar su memoria, para estímulo de voluntades que coincidan en la consolidación de una España mejor».⁽²⁾

Pero Vicente fue percatándose de que nuestra rehabilitación no era anacrónica, de que nuestro objetivo era, desde el primer momento, "avivar la memoria" no sólo de la Residencia, sino de toda la Edad de Plata. En la presentación de la nueva edición del monumental estudio de Jiménez Landi sobre la Institución, Vicente dijo en esta casa, meses antes de su muerte:

“La continuidad de ese abanderado de la moral de la ciencia va mas allá de la Institución a otra serie de entidades que se crean en aquellos años, empezando por esta misma casa, que en sentido estricto, como muy bien sabemos, no es ya la Institución; ha sido creada e inspirada por don Francisco Giner, pero realizada ya por una generación siguiente que es la del 14. Esta misma casa, la Residencia de Estudiantes, que en estos años el equipo directivo encabezado por Pepe García-Velasco ha resucitado tan bien, hasta convertirla otra vez en el punto de referencia cultural de Madrid, lo que había sido en sus mejores momentos, en los años veinte.”⁽³⁾

No es éste el único tema en que me ha parecido verle cambiar de criterio, pese a la firmeza con que solía expresar cada uno de sus sucesivos –y nuevos– estados de opinión. Le he visto (o creído ver) modificar, lenta, sutil y, a la postre, muy sustancialmente, sus visiones de Unamuno o del nacionalismo catalán, pero también de asuntos de otra índole como, por



Don Francisco Giner de los Ríos.

² Vicente Cacho Viu, *prólogo a Margarita Saenz de la Calzada, La Residencia de Estudiantes. 1910-1936, Madrid, CSIC, 1986, pág. 22.*

³ Vicente Cacho Viu, *en el acto de presentación del libro de Antonio Jiménez Landi, La Institución Libre de Enseñanza y su ambiente, que tuvo lugar en la Residencia de Estudiantes el 20 de enero de 1997. Sustancialmente recogido en Revista de Libros, núm. 6, Madrid, junio de 1997.*

ejemplo, de la jerarquía católica española. ¡Qué diferentes sus opiniones sobre la personalidad y la obra de Monseñor Tarancón en 1969 y en los noventa! Siempre me gustó mucho esta capacidad de cambio de Vicente, que tanto decía de su arriscada independencia y de su compleja coherencia, frente a tanta simpleza.

Quiero decir algo más acerca de Vicente Cacho y mi tarea en la Institución y en la Residencia. Como ya he repetido en diferentes ocasiones, creo que cuanto he podido hacer en estos años por la recuperación del espíritu de la Residencia de Estudiantes y el de la Institución Libre de Enseñanza, para contribuir a devolverles la posición que deben –y que nunca debieron dejar de ocupar–, en la vida española es fruto en parte, y una parte fundamental, del magisterio de Vicente Cacho. La otra influencia decisiva en mi descubrimiento de la tradición institucionista se debió a mi incorporación en 1970, a propuesta de Gregorio Peces Barba, al consejo de redacción de *Cuadernos para el diálogo*, y a mi intenso trato –amistad, desde entonces– con algunos de los discípulos de Ruiz-Giménez: especialmente Gregorio, pero también Elías Díaz –un pionero en los estudios de la Institución, en años en los que sus escasos investigadores eran perseguidos y sometidos a la censura–, Pedro Altares, Rafael Martínez Alés y los más jóvenes, entre los que he frecuentado especialmente a Liborio Hierro, a Emilio Lamo de Espinosa y a Virgilio Zapatero. Muchos de éstos habían hecho sus tesis sobre intelectuales vinculados a la Institución o a la Junta dirigidos por Joaquín Ruiz-Giménez, Peces Barba o Elías Díaz. La misma empresa de *Cuadernos* había adquirido un inequívoco aire institucionista. Cuando a todos ellos les escuché hablar y defender a la Institución y a la Residencia en las aulas universitarias no era cosa que me resultara ajena, ya que mi abuelo, que fue concejal republicano en el Ayuntamiento de Madrid, envió a mi madre y sus hermanos



Residencia de Estudiantes de Madrid. Pabellón Central y Laboratorios, según una antigua tarjeta postal.

al Instituto Escuela, y en mi familia paterna, leonesa, siempre se habló con admiración de los institucionistas. En suma, tanto Vicente Cacho como las gentes de *Cuadernos* me ayudaron a redescubrir un mundo familiar. Fue Vicente quien nos hizo entender en sus clases a la Institución en su contexto europeo y universal y quien, sin olvidar nunca el necesario rigor científico, nos encendió un entusiasmo que no consiguió refrenar la crítica de los institucionistas como "burgueses" en aquellas turbulencias izquierdistas de la Universidad, a veces, no lejanas, por cierto, de las anteriores burlas falangistas sobre el institucionismo. Desde entonces admiré y tuve presente la obra de la Institución, y poder ayudar a su recuperación ha sido la empresa más honrosa que he podido acometer en mi vida. Además, en esta tarea de recuperación se han tenido en cuenta muchas de las preocupaciones de Vicente, en su rigurosa y fértil manera de entender la historia intelectual española, siempre en relación con sus correlatos internacionales, especialmente europeos.

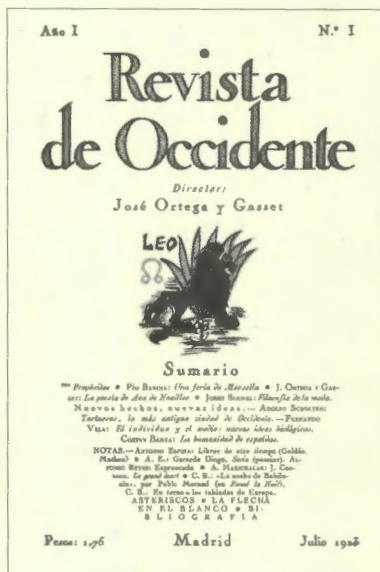
No me es fácil separar en el recuerdo mis primeras conversaciones con Vicente de la materia de la Residencia de Estudiantes y de la Institución Libre Enseñanza. Creo que nuestra primera conversación fue una evocación de la familia de Alberto Jiménez Fraud (paradigma de la estrecha relación entre la Institución Libre de Enseñanza y la Residencia) con motivo de un viaje de Cacho a Galicia para entrevistarse con Natalia Cossío, en la casona de San Fiz de Vixoy, en Betanzos. Él mismo evocó esos días luminosos –que le impresionaron vivamente– en el mencionado prólogo al libro de Margarita Saenz de la Calzada, y doña Natalia también aludió a este encuentro en su intervención en el centenario de la Institución⁴. Muchos otros amigos le habrán oído este relato, que era uno de sus preferidos. Por cierto, ¡qué buen narrador hubiera sido Vicente! Pero se mantuvo disciplinadamente fiel a su empeño científico, y dejó sus magníficas historias para la tradición oral.

En mi casa siempre se había subido a la sierra, pero Vicente Cacho (cuyos padres eran también de la Sociedad Peñalara) nos proporcionó las claves que les relacionan con la Institución Libre de Enseñanza, y muy especialmente con Francisco Giner de los Ríos, "inventor del Guadarrama" según acertada y temprana expresión de Alfonso Reyes. Con Vicente subí por primera vez al humilde refugio de Giner en el Ventorrillo, y allí nos recitó la elegía a la muerte de don Francisco, de Antonio Machado. Fueron decisivos para nosotros la emoción contagiosa con que nos hablaba de Giner y los suyos y el entusiasmo que sabía transmitirnos en las excursiones por el campo o por la bibliografía, en estos últimos años ya relativamente abundante, pero entonces todavía escasa. (De entre las novedades bibliográficas, creo que el espléndido libro de Nicolás Ortega sobre la Institución, Giner y la Sierra⁵, hubiera gustado mucho a Vicente.)

⁴ Natalia Cossío, "Mi mundo desde dentro", en VV. AA., En el centenario de La Institución Libre de Enseñanza, Madrid, Tecnos, 1977, págs. 13-17.

⁵ Nicolás Ortega, Paisaje y excursiones. Francisco Giner, la Institución Libre de Enseñanza y la Sierra de Guadarrama, Madrid, Fundación Caja Madrid/Raíces, 2001.

A la vista de los textos escritos por Vicente Cacho sobre la Institución Libre de Enseñanza, la Junta para Ampliación de Estudios y la Residencia de Estudiantes, quisiera hacer, en esta segunda parte de mi intervención, algunas reflexiones:



- 1 Se ha dicho alguna vez que Vicente Cacho no escribió el segundo tomo de la historia de la Institución, porque, en realidad, lo que más le interesó últimamente de ella tenía que ver con Ortega y por eso se dedicó a estudiar la generación finisecular. Sin embargo, yo creo que Cacho Viu mantuvo siempre abierta su línea de investigación sobre la ILE. Esa "larga travesía del desierto" que recorre la Institución, desde 1882 a la fundación de la Junta en 1907, ha sido siempre de su máximo interés. Pero se dio cuenta de que no podía redactar el segundo tomo de la misma forma que el primero, sin acometer, en este caso, toda la historia intelectual del período.
- 2 Vicente Cacho consideró desde una época muy temprana (y nos insistió machaconamente en ello) que la aportación de la historia intelectual a la interpretación del texto requiere el escrupuloso respeto al contexto cronológico, frente a otras tradiciones o perspectivas críticas. No es posible relacionar, en ningún caso, sin previo discernimiento, documentos producidos en coordenadas espacio-temporales diferentes. La génesis de cada texto resulta esencial para desentrañarlo.
- 3 Esta tarea resultaba ingente no sólo por la continua recogida y catalogación de fuentes primarias —en lo que Vicente se diferenciaba de la mayoría de investigadores—, sino por la elaboración de modelos de interpretación, referidos al período intersecular, que él delimitó entre una fecha castiza, 1875 (aunque tenía presente su correlato europeo de 1870) y 1917, año universal. Como fruto de su riguroso y a menudo oscuro trabajo, Vicente Cacho adquirió una idea general, lúcida y coherente de la Edad de Plata.⁽⁶⁾

A mi juicio, los textos de Cacho Viu están sobresaturados de significaciones. Vicente tardaba en digerir sus interpretaciones hasta convertirlas en modelos, que solía construir con elementos a menudo tomados de prestado, pero magistralmente transformados. A veces los ponía a funcionar de forma intermitente y otras a pleno rendimiento, como en el «modelo triangular París-Madrid-Barcelona». Siempre hay mucho trabajo detrás de esos modelos; la elaboración supone un gran esfuerzo por trascender el amoroso acopio de datos; un acopio en el que estaba ya la interpretación al acecho, en el mismo acto de atesorar: Vicente descubre la presa, la consigue y junto al placer de obtenerla siente otro superior, el de la clasificación, o mejor, el de la lectura. Cada dato es un signo en un universo significante. Pero lo extraordinario es que se trata de una tarea precisa y a la vez antidogmática, atrevida pero flexible. Cacho nunca diseca las piezas cobradas, sino que es capaz de darles de nuevo vida, e incluso libertad, sin que queden cautivas de los modelos, tan

⁶ Aparte de su libro sobre la Institución, la obra de Vicente Cacho está dispersa en diferentes artículos y ponencias recogidos en publicaciones colectivas. Pero en los últimos años, sabiendo próximo su fin, el autor recogió algunos aspectos centrales de su obra en los cuatro volúmenes que cierran su bibliografía, y de los cuales la Residencia se honra en haber editado dos.

sólo integradas en el conjunto. Toda esta complicada arquitectura de la libertad requiere mucho trabajo de conceptualización, de reflexión; y requiere sobre todo ser capaz de trabajar manteniendo un permanente diálogo con los datos, reunidos pero no presos, digeridos pero no destruidos.

Por eso disponemos de una colección de modelos, no muy numerosos, pero sí pequeñas obras maestras, soportadas sobre millares de datos de primera mano.

- 4 En consecuencia, contamos en sus últimos trabajos de un paradigma del período que incluye también una interpretación de la Institución Libre de Enseñanza, hecha, como ya he señalado, de una manera distinta al primer volumen, aparentemente dispersa, y a veces hasta paradójica, pero más quintaesenciada.
- 5 No se puede hablar de Vicente Cacho sin tener en cuenta, por usar sus mismas palabras, "las complejidades del espíritu". Gracias a ellas, Vicente ha sido capaz de ofrecernos una visión rica y sutil del entorno intelectual de la Edad de Plata y de la Institución, pese a provenir de un mundo diferente del institucionista. Estas paradojas, que tan difíciles son de asimilar todavía para algunos, no sólo divertían a Vicente, sino que a menudo le apasionaban, como le apasionó, cada vez más, el paradójico Unamuno: ⁽⁷⁾ ¡a él, un orteguiano visceral!
- 6 Vicente destaca al final de su primer libro cómo la Institución fue viendo disminuidos no sólo su alumnado sino su profesorado universitario, ya a finales de los setenta, de modo que cuando se repuso en sus cátedras a los profesores separados, a partir del "gobierno largo" liberal del 81, la Institución renuncia (entonces se pensó que transitoriamente) a la enseñanza universitaria, concentrando la mayor parte de sus energías en la primaria. Ahora bien, creo que quizá habría que considerar, más como brillante hallazgo verbal que como modelo de interpretación muy preciso, la "jibarización" de la Institución a la que se refiere Vicente Cacho en alguna ocasión, para hablar de la situación creada, a partir del fracaso de la experiencia universitaria.

Sobre esta cuestión Cacho también ha escrito:

«La ruptura con el pasado inmediato fue vista por este iluminismo radical, heredado por Ortega de la Institución, como una exigencia estratégica con tal de mantener a salvo de la vulgaridad ambiente el vigor y la lucidez de la segunda España, que no constituía aún sino una realidad germinal, circunscrita casi exclusivamente a algunos círculos intelectuales muy determinados; fue precisamente en el más emblemático de todos ellos, en la Institución Libre de Enseñanza, donde cobraría cuerpo, por

⁷ Véase Vicente Cacho Vín, "Unamuno y Ortega", Los intelectuales y la política. Perfil público de Ortega y Gasset, ed. de Octavio Ruiz-Manjón, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, págs. 131-154.

iniciativa de Giner, “aquel tipo de existencia a base de marginalidad esencial, fundado en el sencillo principio de que para rehacer algo, en este caso España, había que empezar por tomar distancia”. El aislamiento voluntario, en principio oportuno hasta tanto no se hubiera ganado a parte sustancial de las nuevas generaciones para la otra España posible, podría resultar contraproducente al generar, si tal situación transitoria se prolongaba en exceso, como efectivamente ocurrió, la autopercepción como minoría disidente, segregada más que orientadora de los destinos colectivos».⁸⁾

Vicente, como solía, presenta aquí una opinión más matizada: admite el valor de la automarginación institucionista como emblema y reserva de “la otra España posible” ante las nuevas generaciones. Pero advierte de lo contraproducente de que “tal situación transitoria” se prolongue en exceso, “como efectivamente ocurrió”, creando una cultura de “minoría disidente”, autosegregada. Sin embargo, ha sido precisamente él quien ha podido demostrar cómo algunos textos legales, esenciales en las reformas científicas y educativas emprendidas por el Partido Liberal en la primera década de la Restauración, están escritos por Giner de los Ríos de su puño y letra (decretos de creación de la Junta para Ampliación de Estudios en 1907 o de la Residencia de Estudiantes en 1910), lo que indica que la Institución no se autosegregó hasta el punto de que rechazara participar, siquiera discretamente, en la vida pública española.⁹⁾ Es patente que Giner y sus colaboradores nunca hicieron ascos a escribir —eso sí anónimamente— en la *Gaceta*, o a participar en el esbozo de los planes de reforma. Es más, considero que su deliberado apartamiento de la escena pública (especialmente tras el convulso Congreso Pedagógico del 82, que evidenció las muchas resistencias que todavía entonces suscitaba la Institución, y persuadió a Giner de que aún no era momento de mucha publicidad), resultó provechoso, pese a los indudables problemas que también suscitó, en la línea apuntada por Cacho. Para “las complejidades del espíritu” acabó siendo probablemente muy fructífera la existencia de un núcleo de liberalismo radical, propicio a todos los pactos posibles en el ámbito público, pero manteniendo intacto su proyecto, en el reducto de sus aulas, concebidas como laboratorio de la España futura. Naturalmente, ello puede producir (como de hecho produjo) que algunos de los participantes en el proyecto desarrollaran una actitud excluyente y sectaria. El propio carácter radical de Giner pudo propiciarlo, si bien (vuelvo a invocar lo complejo de la vida espiritual) su enorme inteligencia y su exquisita sensibilidad le permitieron separar, y creo que cada vez con mayor rotundidad, lo público y lo privado en esta delgada línea. Pero ello no le autoriza a hacer una reducción tan traumática y negativa como se supone que es una “jibarización”, que sugiere una pérdida de los propósitos fundacionales de la Institución (la imagen

⁸ Este texto forma parte del conjunto de inéditos de Vicente Cacho, en el que Octavio Ruiz-Manjón y yo estamos trabajando para una posible publicación.

⁹ Vicente Cacho Viu, “La Junta para Ampliación de Estudios, entre la Institución Libre de Enseñanza y la generación de 1914”, *Los intelectuales y la política...*, cit., págs. 155-185.

resulta irremediablemente esperpéntica), incluso si identificamos la Institución con la escuelita del Paseo del Obelisco en los últimos años de la República.

Resulta muy esclarecedora, a este respecto, la anécdota que recoge Alberto Jiménez Fraud⁽¹⁰⁾ sobre la primera visita del Rey Alfonso XIII a la Residencia, en febrero de 1911. Giner de los Ríos, tras haberle negado la entrada al Rey a la casa de la Institución, queda con Jiménez Fraud en la Castellana, después de la visita regia, para darle la enhorabuena y animarle. Cuenta Jiménez Fraud que Giner estaba emocionado y contento: "¡criatura, qué responsabilidad!".

El propio Jiménez Fraud, por ejemplo, fue un discípulo abierto, capaz de conjugar la pureza de los principios institucionistas con las transacciones necesarias para llevar a cabo una obra tan considerable y compleja como la que hizo en la Residencia. Por supuesto que hubo otros institucionistas que no fueron capaces de soportar la enorme presión de tantas sutilezas, y sucumbieron al espíritu sectario, quedándose en la retórica, en la letra y no en el espíritu, radicalmente libre, de Giner.



Alberto Jiménez Fraud y José Moreno Villa pasean por Madrid alrededor de 1930.

- 7 Hay que insistir, también, en que Giner y los suyos siempre concibieron la labor de la Institución Libre de Enseñanza como laboratorio. Y de hecho lo fue: si la Junta para Ampliación de Estudios tuvo un desarrollo tan rápido, y a menudo tan brillante, se debe a la labor previa, realizada en el "laboratorio"⁽¹¹⁾ institucionista. Hasta las pensiones fueron ensayadas en los viajes de estudio de los profesores de la Institución, desde los años setenta, comenzando por los de Giner y Cossío.

¹⁰ Alberto Jiménez Fraud, *Historia de la universidad española*, Madrid, Alianza, 1971, pág. 439.

¹¹ Véase Vicente Cacho Viu, *Los intelectuales y la política...*, cit., pág. 157.

- 8 Tampoco creo que la crisis del positivismo desemboque necesariamente en un desprestigio del cientificismo institucionista, aunque podamos registrar numerosos episodios en que así fuera. Precisamente, el carácter ecléctico del pensamiento institucionista (y más en general, de la tradición liberal española) permitió conjugar principios positivistas e idealistas, cuya administración, más o menos forzada, llevó al borde de la locura al pobre don Manuel de la Revilla, director de la interesantísima *Revista Contemporánea*. Pero, en todo caso, gracias a dicho eclecticismo se pudo llegar al raciovitalismo orteguiano, y al entusiasmo por la ciencia de la generación del 14, que dirigió y animó los centros y laboratorios de la Junta para Ampliación de Estudios.
- 9 El liderazgo intergeneracional ejercido por Giner y Ortega, y su sucesión entre uno y otro, me parece una de las aportaciones más esclarecedoras de Vicente Cacho.⁽¹²⁾ Ambos intelectuales lo ejercieron, sucesivamente, en dos momentos muy diferentes de la cultura española; por ello, el carácter de ambos fue muy distinto, y en algunos aspectos de diferente naturaleza.

Giner es un maestro "directo" y sólo de unos pocos, que cuida a todos y cada uno de sus discípulos, les ayuda a planificar sus carreras, y apenas se ocupa de la propia. Ortega ejerce un magisterio más distante (dentro de su gran cordialidad) y menos "religioso". Es habitualmente *primus inter pares*. Incluso con las generaciones de más edad (como ha explicado magistralmente Vicente Cacho) se "hace perdonar" con mucho tacto su liderazgo. (Y desde mi punto de vista, en la Institución, Giner es sucedido por Cossío, no por Ortega).

Además Giner rehuye, de una forma cuidadosamente estudiada y férreamente llevada, el protagonismo, mientras que Ortega lo busca, sobre todo entre 1914 y 1931, para poder ejercer su liderazgo adecuadamente, tal y como él lo concebía.

¿Qué tienen en común? Entre otras cosas, la preocupación por influir en lo público, Giner a través del Museo Pedagógico, luego del Ministerio de Instrucción Pública, finalmente de la Junta. Ortega también de la Junta, de las otras instituciones dependientes de la Junta como el Centro de Estudios Históricos o la Residencia, a las que pudo sacar un partido mucho mayor, más tarde cuando fue posible también a través de la Facultad de Filosofía y Letras. Y, por supuesto, Ortega, a diferencia de Giner, que sólo dispone del muy importante pero especializado *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, cuenta con sucesivas y poderosas plataformas periodísticas privadas, especialmente *El Sol* y *Revista de Occidente*.

El conocimiento internacional acerca de Ortega es muy considerable incluso en nuestros días, mucho mayor que el de Giner. Es también muy importante su influencia en el estilo y en la modernización del castellano y, más allá de todo ello, fue capaz de difundir su magisterio a través de *Revista de Occidente*,

¹² *Ibíd.*, págs. 187-199 y Repensar el 98, *cit.*, págs. 27-51 y 117-172.

El Sol, la cátedra, la Residencia, y descubrir y apoyar, gracias a todo ello, a nuevos creadores, artistas y científicos de las generaciones siguientes, como García Lorca, Dalí, Buñuel, María Zambrano o Benjamín Jarnés.

Pero, al cabo, creo que el alcance de Giner y de la Institución en la modernización intelectual de España es de un calado todavía mayor, y lo digo para evidenciar que esa travesía del desierto, que ese deliberado apartamiento de la Institución, con acarrear algunos problemas, con crear en algunos seguidores de segunda fila una equivocada conciencia sectaria, obtuvo finalmente unos resultados muy fructíferos, lo que se pone especialmente de manifiesto en lo bien que ha envejecido la obra de Giner y en la vigencia del legado institucionista, ciento veintisiete años después.

- 10 Como Vicente pone de manifiesto, nunca hubo una reforma educativa en la España de la Restauración semejante a la de la Francia de la III República. Por supuesto que las dificultades para acometer una modernización tributaria en la España de la Restauración llevaron aparejada la imposibilidad de una reforma educativa. Probablemente se puede relacionar este hecho con algunos de los factores desencadenantes de la guerra civil, que es, como también Vicente Cacho señala, el fracaso, "a corto plazo", de los grupos modernizadores españoles. Pero habría que matizar recordando que no sólo se produjeron continuas y sucesivas reformas y mejoras parciales en el sistema educativo y científico de la Restauración, sino que el más que aceptable balance de la Junta a la altura de 1939 (tanto en los casi tres mil becarios que pudieron viajar fuera de España, como en el desarrollo constante de la labor científica en ese mismo período) y, por último, la notable acción educativa emprendida por la II República española, no hubieran sido posibles sin el campo abonado por la Institución en el período anterior. En suma, Vicente también concluyó en sus últimos años que este fracaso de la Institución como «potente foco de espiritualidad» de la cultura española era sólo «a corto plazo» ya que «desde el momento actual resulta evidente su resurgimiento y triunfo a más largo plazo, que empezó además a gestarse relativamente pronto, aunque de forma soterrada bajo el franquismo, hasta recuperar abiertamente su espacio civil con la transición política».⁽¹³⁾

Me he referido profusamente al concepto de complejidad en Cacho Viu, porque lo considero esencial en la propia definición de la historia intelectual. Sin recurrir a la complejidad no se puede abordar, en su dimensión de profundidad, fenómenos históricos como los que aquí se han planteado. Por lo que se refiere a las observaciones que acabo de hacer, todas son conducentes a extraer la mayor riqueza del trabajo de Vicente Cacho. Precisamente porque Vicente lo expuso en textos fragmentarios, escritos a la manera de las "iluminaciones" finiseculares, creo que es necesario confrontar unas con otras, para obtener ese modelo interpretativo, lúcido y coherente, al que me he referido en mi reflexión.

¹³ Vicente Cacho Viu, "La Institución Libre de Enseñanza desde dentro", *Revista de Libros*, núm. 6, cit., pág. 5.